

los unos y los otros combatientes: aplaudamos la conducta caballerosa por unos y otros observada después de la pelea; honremos la memoria de cuantos noblemente sucumbieron por su bandera y por su patria respectiva; pero recordemos siempre con justificado orgullo que si el insigne Nelson pudo crear, con más ó menos fundamento, que nada había insuperable para el poder inmenso de la Gran Bretaña, tuvo desde aquel día que modificar su creencia, reconociendo, bien á costa suya, que por lo menos había entonces una empresa insuperable: *apoderarse por la fuerza de Santa Cruz de Tenerife.*

Madrid Julio de 1897.

*Ramon Arriow y Villalou*

Capitán de Navío de primera clase.

## Á NELSON

Yo no puedo decir como Quintana,  
«Inglés te aborrecí y héroe te admiro»,  
que amante soy de la familia humana  
y en cada hombre á un semejante miro.

veo alzarse tu estatua, con profundo  
respeto exclamaré: ¡Salve, Coloso!  
¡por tí es Nivaria admiración del mundo!

*Antonio Jervis*

Si alguna vez en Londres populoso

Julio de 1897.

## EL DOMINIO DEL MAR

**D**OCAS son las personas y casi ninguno los pueblos, que saben discernir la importancia que el dominio del mar tiene para las naciones: así es que todo menos justicia fué lo que recogieron las escuadras de la Gran Bretaña, á fines del siglo pasado y principios de éste, cuando el pueblo inglés se dolía sin mesura de lo que le costaban; quejándose de la que llamaba su inacción delante de los puertos enemigos, cuyas flotas quería ver destruidas, más como medida económica que como solución política: cuando, precisamente la duración de las hostilidades, barriendo del mar los pabellones todos, los unos por enemigos y los otros para no ser víctimas de meditados atropellos, era lo que daba el tiempo preciso para que el comercio inglés sin competencia de nadie afirmase su superioridad sobre todos.

Disgustado, enfermo y ofendido, volvió Nelson á su país en 1801, después del combate de Copenhague; herido en el alma por el desvío de sus conciudadanos, expuso su propósito de no volver más á la mar, alegando el invencible mareo que no pudo nunca dominar de un modo absoluto: hasta que el Almirante Jervis, el mismo que un día le confiara las jornadas de Aboukir y Tenerife, hombre superior que, lejos de sentir la ruin envidia de su colega, reconocía su mérito, le convenció de que volviera á izar su insignia, con la bondadosa recomendación de que tamara puerto los días de mal tiempo, para que no se le hiciera insoportable su antimarítimo sufrimiento.

Y sirva de consuelo la lección histórica, de que el pueblo inglés tardó muchos años en hacer justicia á su Marina: justicia que no llegaron á conocer muchos de aquellos héroes á los que Inglaterra debe su grandeza, y el medio por el que se enriquecieron los mismos ciudadanos que contra la marina murmuraban; pues al tener las Escuadras enemigas encerradas en los puertos, persiguiendo á su comercio y el de los neutrales, sin empachos de legalidad, dejaban á sus espaldas libre el mar al comercio inglés, que podía desarrollarse en impunidad mercantil, quitada la competencia de casi todos los pueblos marítimos. Aquellos miopes mercaderes, que sostenían las guerras, más por miedo á la invasión que por espíritu de engrandecimiento, se quejaban del dinero que salía á raudales de su país; cuyo gobierno por fortuna suya guiaban hombres eminentes, que sabían que nada importan el dinero ni el agua que se despeñan por el torrente, si con ello se afirman las fuentes de riqueza y de ese modo se consigue que los arroyos ajenos tengan que desembocar en el cauce propio para engruesar el caudal.

Esta fué en un tiempo la conducta y la historia de Holanda; engrandecida por sus flotas y arruinada por sus tacaños mercaderes, que apenas hecha la paz imponían economías á sus escuadras. Y dice hoy la historia que á cada campaña económica siguió irremediamente un desastre nacional y la pérdida de un girón de su vasto imperio colonial. Mientras sus naves de guerra dominaron el Oceano, sus compañías